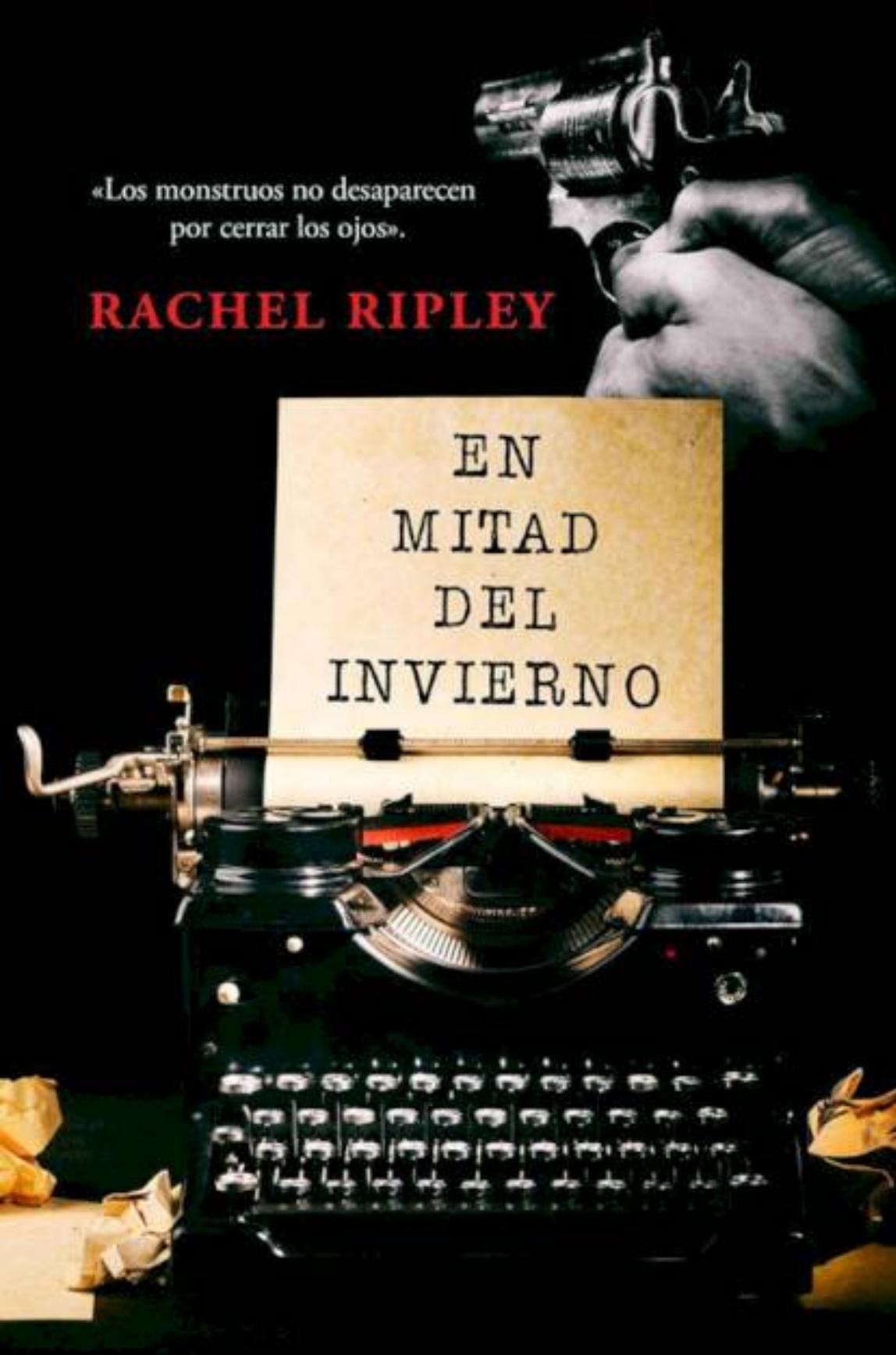


«Los monstruos no desaparecen  
por cerrar los ojos».

**RACHEL RIPLEY**



EN  
MITAD  
DEL  
INVIERNO

Hace seis meses, Tawny Walker tenía una gran casa, un buen trabajo, un coche caro; hoy malvive en un pequeño y sucio estudio de las afueras de Londres, donde se esconde de su exmarido. Asustada y deprimida, pasa los días viendo la televisión y comiendo hasta que, una noche, escucha a sus vecinos planear el asesinato de una mujer. Su primer impulso es huir, pero, si lo hace, será responsable de su muerte. Fiel lectora de W. Kriger, decide ser como la detective protagonista de sus novelas e intentar salvarla; al fin y al cabo, lo peor que puede ocurrir es que la maten a ella también.

Tras cumplir veinticinco años por intento de asesinato, M. Korke acaba de ser puesto en libertad. Rehabilitado y arrepentido, su único propósito es recuperar la vida que tenía antes de entrar en prisión, volver a ser un ciudadano ejemplar. Pero entonces, ¿por qué ha contratado a un sicario?

Samuel Young presenta el programa de mayor audiencia de la televisión nacional. Al menos hasta hace dos meses, cuando cometió el segundo peor error de su carrera. Si no lo subsana a tiempo, Mark Toren acabará con él.

Y, en medio de todos, un hombre aterrado.

¿Te atreves a unir las piezas de este puzle que te helará la sangre?

## Índice de contenido

Diez cajas

No le des la espalda

Aquí no hay nadie

Susurros en la oscuridad

Una idea descabellada

Diez por ciento

Inofensivo

Objetivos

El punto débil

El esbozo

Un encuentro inesperado

Quid pro quo

Lasaña y pistolas

Tampoco has dicho que no

Los enemigos de mi enemigo son mis amigos

Hafefobia

Seshat

Un negocio útil

New York

Vivir en un infierno paralelo

No tienes que hacerlo solo

Queen, cupcakes y lápices de colores

Confesiones

Déjà vu

Un relámpago en la oscuridad

Vete de aquí

Otra vuelta de tuerca

Como si nada hubiera cambiado

Bioquímica cerebral

Una promesa que cumplir

No, y lo siento

La pequeña Charlotte

¿Por qué, Tawny?

En el ático

En mitad del invierno

Agradecimientos

## DIEZ CAJAS

Tawny miró el papel que acababa de aparecer por debajo de la puerta; al ver el membrete de correos y leer la palabra juzgado, estranguló un sollozo.

No podía más. Se dejó caer sobre una silla, el único mueble que había en la pequeña habitación, además del catre. Luchó contra el nudo que se le había formado en la garganta. Había llorado demasiado y no estaba dispuesta a derramar ni una lágrima más. Tenía que encontrar el modo de seguir adelante, pero se sentía demasiado perdida, sin la más mínima idea de cómo encontrarlo.

Agachó la cabeza y suspiró de nuevo, preguntándose dónde se había estropeado todo, en qué momento su vida se había ido a la mierda. Seis meses atrás, tenía un trabajo, un marido, una hermosa casa, un coche caro.

Ahora solo tenía diez cajas semivacías y un montón de papeles como el que acababa de aparecer bajo la puerta.

A quién quería engañar. Sabía cuando empezó todo a desmoronarse: el veinte de julio, día de su quinto aniversario de matrimonio.

Alex y ella habían decidido tomárselo libre tras meses de interminables jornadas de trabajo en las que apenas habían podido verse. De ese modo, podrían relajarse y descansar un poco, antes de ir a cenar y al teatro. No sabía ni a qué restaurante irían ni que obra verían; él lo había mantenido en secreto, a pesar de sus intentos por averiguarlo. Tampoco hizo muchos. Él perdía rápidamente la paciencia, y ella había aprendido a detectar en su tono de

voz cuando había llegado el momento de dejar de preguntar. No quería que aquel día se estropeará por nada.

Pero el teléfono sonó temprano; reclamaban a Alex para una reunión de última hora. Estuvo a punto de pedirle que, ya que era el CEO, intentara cambiarla a otro día, pero se abstuvo. En el fondo, se sintió aliviada ante la idea de tener un día para ella sola, descansar y estar tranquila. Protestó un poco, por obligación, y le pidió que no volviera muy tarde, para que pudieran llegar con tiempo. Él le aseguró que haría lo que pudiera, y se marchó.

Cuando le vio meterse en el coche, decidió que era el momento perfecto para prepararse un baño y probar una de aquellas bombas de espuma que había comprado a escondidas. Entró en el dormitorio contiguo al baño y encendió la radio; otro de sus pequeños placeres cuando estaba sola. Tarareando la canción que sonaba en aquel momento, abrió los grifos, y se hizo un moño con la larga melena. Cuando la bañera estuvo llena, metió la bomba en el agua, mirando, fascinada cómo giraba sobre sí misma, siseando y disolviéndose mientras ella aspiraba con deleite el suave olor a lavanda y fresa que desprendía.

Se quitó el albornoz, dispuesta a meterse en el agua, cuando en la radio cesó la música y comenzó el informativo, que se abrió con la noticia de un hombre que acababa de ser puesto en libertad tras pasar veinte años en prisión por intento de asesinato. Fue al dormitorio y apagó el transistor. No quería que nada estropeará aquella calma, aquel momento sin tensión, el primero del que disfrutaba en mucho tiempo. Cuando iba a meter un pie en el agua, sonó el timbre. Suspiró, poniendo los ojos en blanco, dudando si abrir la puerta o ignorarlo, pero volvió a sonar. Chasqueó la lengua con fastidio, se puso el albornoz, y bajó las escaleras del dúplex hacia la puerta.

Al otro lado apareció una mujer delgada, alta y morena que, nerviosa, le preguntó si estaba Alex. Supuso que era una colaboradora freelance de la empresa con algún pro-

blema, por lo que le preguntó si quería que le diera algún mensaje.

Ella asintió.

—¿Puede decirle a Alex que su mujer lo está buscando? Es urgente que hable con él.

Se quedó helada. ¿Su mujer? No, no. No podía ser. Le preguntó si era algún tipo de broma, porque ella era la esposa de Alex. De hecho, era su quinto aniversario de boda, recalcó. Ella palideció y Tawny temió por un momento que fuera a desmayarse. Balbució algo ininteligible, se dio media vuelta y salió corriendo calle abajo.

A partir de ese momento, todo fue muy rápido, mucho más de lo que pudo procesar. Cuando su marido llegó a casa, le preguntó por la mujer que decía ser su esposa. Él, sorprendido, le aseguró que sería alguna antigua empleada que intentaba vengarse de él.

No era del todo descabellado. Desde su pedestal, su marido solía humillar ante el resto de la plantilla a los empleados que consideraba poco productivos o válidos, para después despedirlos sin contemplaciones, lo cual le había granjeado bastantes enemigos. Eso era: la venganza de una mujer despechada; una treta para crear tensión en la pareja. Decidió creerle y olvidarse del asunto, más que nada porque Alex se negó en redondo a volver a hablar de ello y dio el tema por zanjado.

Así quedó hasta que, dos días después, encontró en su correo electrónico un mensaje con el asunto «Certificado de matrimonio». El corazón le dio un vuelco al descargar y leer el documento adjunto; «una falsificación», se dijo, aunque decidió comprobarlo en el Registro Civil. Quería, necesitaba terminar de una vez con todo aquello. Se le cayó el alma a los pies cuando le informaron de que era válido. Alex y aquella mujer, Tania Davidson, estaban casados. Hacía ocho años.

No daba crédito. ¡Ocho años! ¡Alex estaba ya casado cuando se casó con ella! ¿Cómo era posible que ni siquiera

ra lo hubiera mencionado? ¿Y las consecuencias legales? Uno no se olvida de la noche a la mañana de un matrimonio anterior; él, además, sabía que ella lo habría comprendido y habría esperado el tiempo necesario para poder casarse tras el divorcio. Claro, qué tonta. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Seguro que su marido tenía los papeles del divorcio en algún lado.

Pero cuando le enseñó el certificado, él, deshecho en lágrimas, confesó. Estaba casado con Tania, pero no era feliz en su matrimonio, nunca lo fue. Era una mujer mezquina y vengativa que le maltrataba, le anulaba y le hacía sufrir; por ello no tuvo el valor para enfrentarse a ella y pedirle el divorcio. Años después, cuando conoció a Tawny, y se enamoró perdidamente de ella, tuvo miedo de que le abandonase al enterarse de que no se había divorciado. No le quedaba más remedio que actuar como si Tania no existiera.

Ella le miró, incrédula y herida. Él le aseguró que pediría el divorcio, que lo arreglaría todo. Había cometido un error, era cierto, pero ella era la única mujer a la que amaba, la única que le había hecho plenamente feliz. Hacía años que no la veía, que no tenía contacto con ella. Para él, ella era lo más importante, su gran amor, le repitió mil veces, al tiempo que le rogaba que no le dejara, que no podía vivir sin ella, que no sabía lo que haría si ella le abandonaba. Había sido un error, grave, sí, pero provocado por el amor que sentía por ella; solo pareció calmarse cuando ella le aseguró que le daría una nueva oportunidad si pedía el divorcio.

Intentó ser fiel a su palabra, dejar aquello atrás y actuar como si nada hubiera ocurrido, pero no podía dejar de darle vueltas. ¿Por qué no se lo había contado?, ¿por qué no había confiado en ella? Cuando se lo preguntó, él se enfadó, gritándole que no dejaba de hurgar en la herida, que no le importaba hacerle sufrir. Volvieron los gritos y las peleas, las lágrimas, las noches en vela.

Fue en una de aquellas noches cuando recordó que, en el correo electrónico que Tania le había enviado, la firma automática incluía el link a su cuenta de Facebook. Se removió en la cama. No, no era una buena idea. Si Alex se enteraba...; pero tenía que hacerlo. Cogió el portátil, bajó al salón de la planta baja, se sentó de rodillas en el sofá, buscó el *mail* y pinchó el enlace.

Al leer su estado civil, casada, algo se retorció en su interior. Tragó saliva y pinchó en los álbumes de fotos. Se le llenaron los ojos de lágrimas. El más antiguo era de hace ocho años, de su boda con Alex. Pero el más reciente, de hacía tres meses y medio, contenía las fotos de un viaje a los fiordos noruegos. En todas ellas, aparecían Alex y ella besándose, abrazándose, sonriendo, riendo, haciendo el ganso... Una maldita pareja feliz.

Tres meses y medio. Contuvo una arcada. La misma semana en que Alex le contó que tenía que acudir a un seminario de *team-building* que se impartía fuera de la ciudad. La misma semana que ella no pudo acompañarle porque estaba hasta el cuello de trabajo.

Como sonámbula, se levantó a coger su agenda, y co-tejó las fechas con las de las demás fotos en las que ambos aparecían juntos. Cerró los ojos, negando con la cabeza, lágrimas de dolor y rabia corriendo por sus mejillas. Todos los viajes de negocios que Alex había hecho coincidían con las fechas de los álbumes de fotos, viajes paradisíacos a lugares donde Tawny muchas veces le pidió que fueran juntos y él se limitó a gruñir que el sitio estaba muy lejos o era demasiado caro.

Tras varios días de lágrimas, discusiones y tristeza, él le gritó que estaba harto, que no la soportaba más, que no quería volver a verla y la obligó a marcharse. Ella se fue a un hotel, para pensar, para intentar recomponer su corazón roto.

Pero no pudo. Su vida se convirtió en una pesadilla.

Llevaba seis años trabajando en la empresa de Alex. Había entrado en septiembre a formar parte de la plantilla como analista de datos y, en diciembre, le conoció en la cena de Navidad de la empresa. Al día siguiente de marchar al hotel, recibió un burofax, en el que él le comunicaba su despido y le informaba de que no tenía derecho a ninguna indemnización, porque la despedía por repetidas faltas graves y la baja calidad de su trabajo.

Tawny arrugó el papel con rabia, sin poder creer lo que leía. Había sido una trabajadora competente, responsable, cumplidora. Raro era el día que no se quedaba en la oficina más de su jornada para entregar los proyectos a tiempo. Lo había dado todo, todo. Le demandaría por despido improcedente. Se sintió entonces contenta por haber abierto una cuenta sin decírselo, en la que cada mes ingresaba pequeñas cantidades, de modo que pasaran desapercibidas al férreo control que él ejercía de las finanzas de ambos. De otro modo, no tendría dinero.

Pero entonces la demandó por abandono del domicilio conyugal, aunque fue él quien la obligó a marcharse. La primera de una interminable lista de demandas y denuncias civiles y penales que la obligaron a gastar casi todos sus ahorros en procuradores, abogados y provisiones de fondos. Pronto, no pudo hacer frente al pago de la mitad de la hipoteca de la lujosa vivienda unifamiliar que habían comprado juntos al año de casarse. Con ello, llegaron las cartas del banco, los embargos, los *mails* llenos de reproches y amenazas de él, las citaciones que se acumulaban en la recepción...; seis meses después, allí estaba, sentada en el suelo, mirando su nuevo..., ni siquiera se atrevía a llamarlo hogar.

El estudio, situado en una de las zonas más deprimidas de la ciudad, era minúsculo y viejo. Con poco más de veinte metros cuadrados, la habitación era sala de estar, dormitorio y cocina; en fin, cocina siendo optimistas, porque constaba de un pequeño frigorífico casi tamaño minibar,

un microondas y una pequeña pila encastrada en la pared. No podía permitirse nada más con el dinero que le quedaba. Su único lujo: el diminuto cuarto de baño que tuvo que limpiar al llegar mientras intentaba controlar las arcadas.

Se tumbó en el catre, la mano derecha bajo la nuca y la izquierda enjugando con rabia las lágrimas que no podía controlar. A veces, todo le parecía irreal, una pesadilla de la que despertaría para encontrarse de nuevo junto a Alex. Pero, cuando abría los ojos, seguía allí, en aquel cuartucho de paredes amarillentas y descascarilladas, manchas de moho, cicatrices de antiguas goteras y otras manchas que prefería no identificar; tenía que convencerse entonces de que todo aquello había ocurrido, intentar aceptar que ahora aquella era su vida y seguir adelante, pero desde que llegó, hacía casi dos meses, no había tenido fuerzas para colocar nada. Incapaz de abrir las cajas, se pasaba los días tumbada, con las persianas bajadas y la luz apagada, rodeada de silencio y soledad, dándole vueltas a todo lo sucedido, preguntándose cómo no se había dado cuenta, cómo había podido ser tan idiota, mientras devoraba cajas de galletas de chocolate, bollos y patatas fritas, viendo programas de televisión en los que ni siquiera se fijaba pero que, de algún modo, la reconfortaban y, junto con la comida, lograban anestesiar el dolor, la pena, la vergüenza y la soledad en las que temía ahogarse en cualquier momento.

No había salido del estudio excepto por la noche a comprar comida en un supermercado enfrente del edificio. No tenía fuerzas para ello. Tenía la sensación de que todo el mundo podía ver que era una fracasada, una tonta a la que su marido había estado engañando durante cinco años y ella no se había percatado. En el estudio se sentía segura; la luz mortecina de la polvorienta bombilla del techo mitigaba todos sus errores, tan visibles a la luz del día.

Pero aquella tarde se sentía claustrofóbica. Las paredes del estudio parecían estrecharse, y, en algún momento, la aplastarían. No podía respirar y la ansiedad la obligaba a dar vueltas sin cesar por la habitación, sentía sus músculos tan tensos que temía que se le podrían romper. Además, se le había acabado la comida y necesitaba comprar algo para cenar aquella noche; no tenía valor para pedir comida a domicilio; temía que el repartidor se riera de ella, de lo patética que era su vida; se lo contaría a sus compañeros y todos se reirían de ella o, peor aún, la compadece-rían y...

–Ya basta –masculló entre dientes, pasándose la mano por los ojos con furia.

Se volvería loca si no detenía el torbellino de visiones de rechazo, burla, fracaso que danzaba por su cerebro, que cada minuto la empujaban a odiarse un poco más a sí misma.

Se levantó despacio de la silla, se calzó las botas de goma y se puso el abrigo sobre el pijama. Salió del estudio sin hacer ruido, la cabeza gacha, rezando para no encontrarse con nadie. Sabía, por los golpes, gritos y lloros, que había gente en otros apartamentos, pero nunca se había atrevido a sacar la cabeza para mirar.

No tuvo suerte. Cuando el ascensor llegó a su piso, tres hombres y tres mujeres salieron de él, enfundados en monos de trabajo blancos, cargados con varios utensilios de limpieza. Se hizo a un lado para dejarles paso, ciñéndose la capucha sobre la cara y cerrándose el abrigo para ocultar el pijama; respondió a su saludo con un escueto «hola». Los observó mientras se adentraban en el pasillo, rezando para que fueran los encargados de desinsectar el edificio y acabar con la multitud de cucarachas y otros bichijos que pululaban a sus anchas por allí. Temerosa de que le preguntaran algo, desapareció dentro del ascensor.

Agradeció la ola de frío que atravesaba Londres en aquel enero más gélido de lo habitual. Los transeúntes ca-

minaban presurosos, deseosos de llegar a casa y librarse del aguacero, sin prestar atención a la mujer que, empapada y sin paraguas, deambulaba por las calles sin saber dónde ir.

Se topó con un pequeño parque, prácticamente desierto excepto por varios perros que corrían y jugaban en el barro, alborozados, ladrando y persiguiéndose, mientras sus amos, resguardados de la intensa lluvia bajo una cornisa, compartían anécdotas de sus mascotas, pies fríos y algún cigarrillo.

Se sentó lejos de ellos, en un banco junto a un pequeño estanque lleno de enormes y aterradores peces negros, sin sentir las gotas de lluvia que golpeaban con fuerza su cuerpo y su cara. Se sentía sola, hundida, devastada. Cuando, a los doce años perdió a sus padres en aquel accidente, estaba segura de que jamás volvería a sentirse así. Miró al cielo, esperando encontrar consuelo, como entonces; se sentía mejor mirando las estrellas, porque su tía le había dicho que sus padres estaban allí, con ella, acompañándola. Pero solo pudo ver grandes y negros nubarrones que se cernían sobre ella.

## NO LE DES LA ESPALDA

De camino a su destino, Jasper Zachary sacó un paquete de chicles de fresa ácida del bolsillo del pantalón de su traje azul índigo, desenvolvió uno con parsimonia, se lo metió en la boca y lo masticó con fruición, disfrutando de aquel sabor que detestaba y adoraba al mismo tiempo. Movi6 el cuello de lado a lado e hizo girar el hombro izquierdo, en un intento de recolocarse la molesta la cartuchera. No estaba acostumbrado a llevar un arma. En sus diez años de carrera delictiva, solo había disparado una vez; a partir de entonces, mancharse las manos de sangre lo dejó para sus sicarios, quienes, por una buena cantidad, le volaban la cabeza a cualquiera. No le importaba ver retorcerse a hombres o mujeres mientras se desangraban tras recibir un disparo certero; deleitarse con el miedo y la desesperación que reflejaban sus miradas al darse cuenta de que la vida se les escapaba, a menudo por algún error estúpido. Pero él no volvería a apretar un gatillo.

Pero no llevar un arma no le convertía en un blanco fácil. Todo el que trataba con él sabía que siempre le protegía un francotirador, imposible de detectar, o varios, dependiendo del riesgo de la operación. En aquella ocasión, no era diferente. Sabía perfectamente donde se posicionarían sus hombres, pero, aun así, decidió llevar su Smith & Wesson MP 9 con él.

No le gustaba su nuevo cliente, M. Korke. Si aceptó trabajar para él fue porque sus contactos le aseguraron que pagaba bien y no regateaba el precio. Así fue. No se in-

mutó por la astronómica cifra que le pidió por llevar a cabo el encargo; se limitó a preguntarle a qué cuenta debía hacer la transferencia, que llegó puntual al día siguiente. Una hora después, tal como habían acordado, le envió la información que le había pedido. Quienes le contrataban solían enviarle un batiburrillo de documentos y fotos que él después clasificaba a su antojo; Korke, no. Su documentación estaba cuidadosamente organizada por archivos clasificados por fechas y, dentro de cada uno, fotos y documentos por separado, claramente identificados y ordenados por orden alfabético. Fue aquella pulcritud lo que le puso en guardia. Si no hubiera necesitado el dinero, habría rechazado el encargo en aquel mismo momento.

Como tenía por costumbre, lo vigiló durante los días previos a su primer encuentro con él. No sería la primera vez que un policía o miembro de la Interpol se hacía pasar por un cliente para infiltrarse en su organización y detenerlo. Llevaban años intentándolo, y las pocas veces que lo habían llevado a comisaría para ser interrogado, su abogado lo había liberado a las pocas horas sin que pudieran presentar cargos contra él. Ser listo, minucioso, precavido, fiarse de su instinto y seguir las enseñanzas de O'Connor, le permitían continuar con su actividad, incluso estando en el punto de mira de New Scotland Yard, especialmente de la tenaz Julia Clark, la inspectora que más había conseguido acercarse a él, pero a la que lograba burlar en un interminable y excitante juego del gato y el ratón del que siempre salía victorioso.

Sus recelos hacia Korke aumentaron al observarle mientras este entrenaba golpeando un saco de boxeo; no parecía haber perdido un ápice de su forma física en la prisión. Su informante ya le había hablado de las largas horas que había pasado boxeando, tanto en el gimnasio como en las numerosas peleas de patio en las que se había visto involucrado. Alto y fuerte, era perfectamente